

ASCENSIÓN: MIRAR AL SUELO

16 de Mayo de 2021

Evangelio según MARCOS 16, 15-20

Y añadió:

- Id por el mundo entero proclamando la buena noticia a toda la humanidad. El que crea y se bautice, se salvará; el que se niegue a creer, se condenará. A los que crean, los acompañarán estas señales: echarán demonios en mi nombre, hablarán lenguas nuevas, cogerán serpientes en la mano y, si beben algún veneno, no les hará daño; aplicarán las manos a los enfermos y quedarán sanos.

Después de hablarles, el Señor Jesús subió al cielo y se sentó a la derecha de Dios.

Ellos se fueron a proclamar el mensaje por todas partes, y el Señor cooperaba confirmándolo con las señales que los acompañaban.

N-N-N

Siempre nos han dicho que Jesús está con Dios en el cielo, y los cristianos, plantados, quietos, inmóviles, nos hemos quedado mirando al cielo durante siglos, con los brazos cruzados. Poco teníamos que hacer en este mundo. Lo nuestro no era el suelo, sino el cielo. Había poco que hacer aquí abajo, aparte de esperar. Al contemplar la Ascensión de Jesús sentíamos unas ganas locas de subir con él, de huir, de abandonar el telediario de la crisis, el paro, de la violencia, de los mercados, de las reformas y de la brega diaria. Así, nos retiramos a la vida privada, al individualismo, a la salvación de nuestra alma (concepto heredado de Platón, que no tenía nada de cristiano), a rezar y rezar.

Nuestro cristianismo ha merecido el viejo reproche del libro de los Hechos de los Apóstoles: ¿Qué hacéis ahí plantados mirando al cielo?

La Ascensión de Jesús, sin embargo, es una invitación a descender, a volver a la ciudad, a dejar las alturas y los montes y las nubes. Hay que comenzar a mirar ya al suelo, hay que poner manos a la obra de Jesús, verdadera sinfonía incompleta. Así entendieron la Ascensión los primeros discípulos que se lanzaron al mundo, sin miedos, libres...



Difícil misión la del cristiano: sumergirse en la ciudad, politizarse, mundanizarse, unirse a otros, lanzarse a gritar por calles y plazas que Jesús llevaba razón y que su proyecto de hombre aún es realizable. Hay que acabar con este estado de cosas en el que no nos pisemos unos a otros. Los cristianos debemos oponernos a todo aquello que suponga una agresión a los más débiles de la sociedad. El reto de la Ascensión pasa por descender a la ciudad para transformarla desde abajo y desde dentro. Con la Ascensión quedó para siempre una cosa clara: Con Jesús, Dios está en el suelo. Ahí es donde hay que mirar.

¡SI EL OTRO SE CONVIRTIERA REALMENTE EN MI HERMANO!

¡Si el otro se convirtiera realmente en mi hermano!

¿No es esta la cuestión que hay que plantearse ante el debate que circula en los medios?

Si el otro se convirtiera realmente en mi hermano, ¿podría yo poner en cuestión la fe que le hace vivir? ¿Podría yo burlarme de una manera u otra de sus creencias?

Si el otro se convirtiera realmente en mi hermano, ¿podría yo hablar de libertad sin vivir el respeto?

Si el otro se convirtiera realmente en mi hermano, ¿podría yo rechazarle con actos de violencia contra su persona o sus bienes?

Si el otro se convirtiera realmente en mi hermano, ¿podría yo permitirme hablar de él negativamente a sus espaldas? ¿Podría yo permitirme destruir incluso hasta su intimidad?

Si el otro se convirtiera realmente en mi hermano, le podría encontrar en verdad, podríamos hablar simplemente, incluso sin estar de acuerdo en todo.

Si el otro se convirtiera realmente en mi hermano, su encuentro me haría crecer; y estoy seguro que él también crecería.

Si el otro se convirtiera en mi hermano, nuestras miradas podrían cruzarse y una sonrisa verdadera iluminaría nuestros rostros.

Si el otro se convirtiera realmente en mi hermano, ¡qué mundo tan apasionante podríamos construir!

Monseñor Vincent Landel s.c.j, arzobispo de Rabat

LA TAREA

Ahora, no tienes manos, tienes sólo las nuestras para construir un mundo nuevo donde habite la justicia.

Ahora, no tienes pies, sólo tienes los nuestros para proclamar a los pobres la buena noticia del reino.

Ahora, no tienes medios, sólo cuentas con nosotros para la gran tarea de empezar la fraternidad entre los hombres.

Señor, no tienes cuerpo, no te ven, ni te sienten, ni te escuchan ...

Pero aquí estamos, Señor, somos tus enviados, tus misioneros, tus manos y tus pies, y tus labios.



PARA REFLEXIONAR

- ¿Vivo una fe comprometida con los problemas de la sociedad que me ha tocado vivir o me evado de ellos?
- ¿Qué signos evangélicos doy?